

## *Convergencia*, luego de dieciséis años

La revista *Convergencia* es un proyecto sólido, resultado del trabajo académico y editorial que durante poco más de tres lustros se ha realizado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; sus logros reflejan la confluencia de visión de investigadores y docentes de la facultad, con la labor de sus directores editoriales, aunado al apoyo siempre incondicional de las autoridades de la Universidad. No obstante, el éxito de este proyecto editorial no puede comprenderse fuera del entorno de la producción de las ciencias sociales. La aparición de *Convergencia* en 1993 se encuentra antecedida por el cambio de políticas económicas y sociales durante la década de los ochenta —las llamadas “reformas estructurales”—, las cuales provocaron que ese campo científico replanteara sus supuestos sobre los procesos sociales, culturales y políticos de la región latinoamericana; fase que muchos no tardaron en catalogar como un periodo de crisis de las propias ciencias sociales —aunque algunos autores lo han denominado más acertadamente como un proceso de mutación.

Poco después de la Segunda Guerra Mundial el escenario era distinto al actual. En esos días las ciencias sociales en la región ocuparon un lugar privilegiado, en tanto se consideraba que ellas podían aportar líneas de acción en el marco de las políticas de desarrollo nacional. Sin embargo, finalizado el modelo de desarrollo económico de la posguerra, el seno de las ciencias sociales enfrentó un escenario con una sensible disminución del financiamiento, así como un cuestionamiento del discurso que sustentaba su legitimidad. Como resultado hubo un importante posicionamiento de las perspectivas con una tendencia marcadamente utilitarista, que permitieron alimentar la ola de cambios neoliberales. Ante tal situación, quizás este número de aniversario de la revista *Convergencia* sea un buen pretexto para reflexionar, aunque sea rápidamente, por un lado, sobre la llamada mutación contemporánea de las ciencias sociales, y por otro, sobre las vicisitudes en su financiamiento para el desarrollo de investigaciones. Estos aspectos resultan relevantes, ya que de alguna manera se ajustan al contexto de producción no sólo académica, sino de la producción de las revistas que, como *Convergencia*, se impulsan desde América Latina desde los años noventa.

## Posmodernidad, poscolonialidad y globalización

La mutación de los paradigmas científicos se relaciona con la desarticulación de los grandes modelos explicativos, tanto de aquellos vinculados con una perspectiva progresista, ligada al desarrollo del marxismo, como los de tipo funcionalista de corte liberal y, paradójicamente, conservador. Este periodo, que abarca buena parte de la década de los setenta, derivó, ya en los ochenta, en el debate en torno a la posmodernidad y el poscolonialismo. El debate sobre el poscolonialismo tuvo una enorme presencia en las humanidades, discutiendo sobre cómo las prácticas subalternas de los países con un enorme peso colonial respondían a los procesos de dominación cultural de los países centrales. Tomando como herramienta la problematización a la hermenéutica y al llamado “giro lingüístico”, las humanidades hicieron de la deconstrucción una estrategia metodológica para cuestionar las prácticas culturales de resistencia y sumisión de los países periféricos. Términos como *desterritorialización*, migración, diferencia, hibridación y cosmopolitismo adquirieron un peso significativo en este tipo de estudios.

Por otro lado, las discusiones referentes a la posmodernidad se constituyeron alrededor de la crítica al proyecto moderno y la Ilustración que consolidan a la razón —frente a la tradición—, como el criterio fundamental de ordenamiento social. A partir de este debate comenzó a hablarse de una modernidad fallida o de modernidades múltiples. Bajo la tutela del pensamiento de la *deconstrucción* y de las perspectivas que orientan su trabajo sobre los llamados “estudios culturales”, la posmodernidad es, como apunta Fredric Jameson, al mismo tiempo un proceso histórico en donde la modernidad encuentra sus límites, y un discurso crítico que reconstruye la modernidad; su campo de términos se encuentra alimentado por la dupla de conceptos: lo universal y lo particular, lo global y lo local, la identidad y la fragmentación, la homogeneidad y la heterogeneidad. Estos conceptos de alguna forma traducen la crisis general de la sociedad moderna y de sus instituciones; en última instancia, discuten la capacidad de ambas para asegurar la integración de sus miembros: los individuos. A este momento, algunos autores, como Jean Baudrillard y Georges Ballandier, lo han bautizado como “el fin de lo social”.

Tanto este debate como el de la poscolonialidad parecen estar agotados; no despiertan ya el interés ni las grandes discusiones del pasado. En la década de los noventa, sobre las cenizas del fuego intelectual que crearon, nació otro discurso y otro concepto: globalización. La crisis del Estado-nación,

las tendencias homogeneizadoras y, al mismo tiempo, fragmentadoras; los procesos hegemónicos del capital, entre otros conceptos, se han consolidado con la aparición de la “globalización” en el terreno de la discusión de las ciencias sociales.

No obstante, las discusiones en torno a la globalización, la posmodernidad y la poscolonialidad, más que terminar con el reacomodamiento de las disciplinas sociales y humanas, han servido como arena de lucha para distintas corrientes que, desde la sociología, la ciencia política, la historia y la antropología, han tratado de establecer la construcción de una visión viable para comprender la realidad de las sociedades latinoamericanas. A futuro no se espera un punto de acuerdo. Sin embargo, esto no debe conducir a la conclusión de la existencia de una multiplicidad de verdades fundadas en un pluralismo carente de crítica —que propugna por una aparente convivencia democrática de las teorías donde “todo se vale”. Una posición de este tipo resultaría en la falta de comunicación y el ostracismo disciplinar, al considerar que cualquier teoría es pertinente y adecuada para no importa cuál estudio.

La complementariedad a ultranza de los paradigmas al interior de las distintas disciplinas sociales y humanas tampoco parece ser una opción. Debe haber cautela ante la seducción de los modelos multidisciplinarios, transdisciplinarios e interdisciplinarios. En términos generales, las ciencias sociales están constituidas como un conjunto de aparatos conceptuales de descripción e interpretación del mundo, más que como marcos de enunciados nomológicos y de reglas que permitan representar hechos, por lo que escapan a la mezcla de géneros y a la confusión de los planos de análisis que únicamente llevan a la obtención de yuxtaposiciones de análisis e impresiones. Quizá de esta forma la discusión en torno a las perspectivas sea —y posiblemente es lo más deseable— abierta.

### **Financiamiento y definición de los objetos de investigación**

Ahora bien, si la llamada mutación contemporánea de las ciencias sociales no se ha solucionado, la crisis del financiamiento de proyectos e investigaciones parece adquirir un rostro distinto al que tenía en el periodo de crecimiento económico y de desarrollo que se vivió después de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en muchos casos no parece que el financiamiento genere una vuelta al espíritu reformista de años pasados. Por el contrario, pareciera que el trabajo de las disciplinas en ciencias

sociales está siendo empujado hacia el mejoramiento de las condiciones de programas y políticas públicas, orientadas a paliar los efectos de la apertura de los mercados y la reducción de las políticas sociales. No es sorprendente que incluso los principales actores de la globalización, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, así como distintas entidades gubernamentales y cuerpos de asesores, reclamen el trabajo de las ciencias sociales para dar cuenta en mayor medida de las condiciones para el establecimiento de políticas, proyectos y programas.

Esta tendencia parece consolidarse en la medida en que esas entidades supranacionales y nacionales de poder parecen demandar e incluso impulsar un consumo constante de “evidencia” que posibilite el diseño de políticas públicas y políticas de intervención. Dicha demanda de “evidencia” lleva en ocasiones a afectar la construcción de “objetos” de investigación, subordinando su definición al encargo de localización de aquello que las políticas quieren impulsar, como ha sucedido muy recientemente, por ejemplo, con las investigaciones orientadas a establecer la solidez y presencia de “capital social”. En este sentido, en las disciplinas sociales enseñadas y llevadas a la práctica en las universidades parece consolidarse una subordinación a la dinámica de las políticas públicas desde los Estados, subrayando el perfil profesionalizante o políticamente comprometido.

Si bien algunos investigadores ven en esto un proceso positivo, lo cierto es que una crítica sería obligatoria, en la medida en que este escenario dibuja la posibilidad de que las ciencias sociales carezcan de independencia, sobre todo, en su capacidad para definir objetos de estudio, formas de abordarlos, así como perspectivas teóricas que conviene o no poner en práctica. Resulta pertinente anotar esto, pues es difícil no involucrar a las ciencias sociales con un proyecto definido de sociedad, y si la tendencia profesionalizante de sus disciplinas se vuelve su aspecto más relevante, ello va en detrimento de la independencia sobre el sentido y sus objetos de investigación.

De esta forma conviene preguntarse, ¿quiénes financian los programas de investigación social en la actualidad? ¿Qué tipo de datos se construyen a partir de estos programas? Más aún, ¿qué tipo de información se está obteniendo y para qué está sirviendo? Responder a estas cuestiones no es algo fácil.

En primer lugar, es palpable la diversidad política de los profesores y, por ende, su idea de lo que deben ser las ciencias sociales. En segundo lugar, la presión cada vez más fuerte de las políticas educativas por establecer criterios de evaluación de la calidad (las cuales usualmente giran alrededor

de la utilidad profesional de las carreras) provoca que las diferentes disciplinas sociales se vean forzadas a plantear de manera clara su utilidad, no tanto en términos de producción científica sino en función de lo que el término “utilidad” significa para las ciencias físico-naturales. Es por ello que algunas universidades donde se enseñan ciencias sociales comienzan a verse más como una especie de *think tanks*, en los que se confecciona conocimiento “útil” para el desarrollo de las políticas gubernamentales, partidos políticos u organizaciones no gubernamentales. Mientras esto se convierta en una regla en ciertas universidades y centros de investigación no se construirá conocimiento, sino “evidencia” para el desarrollo de objetivos políticos bien delimitados. Uno de los temas centrales sobre los que habrá de reflexionar la comunidad científica en ciencias sociales es cómo superar el uso político de la evidencia desde el ámbito de la producción orientada hacia una “utilidad” determinada.

Superar este *impasse* implica considerar que las disciplinas sociales son una práctica social en permanente diálogo con el poder, los representantes del mercado y los grupos sociales. Si bien es cierto que hay diferentes tipos de investigación social —en términos de su orientación—, y si bien cada investigador puede inclinarse por algunas de esas orientaciones, eso no cancela la discusión sobre el sentido de las disciplinas sociales y su campo de producción. Por lo tanto, si la investigación está condicionada día con día al mercado de los fondos de investigación constituidos por instancias privadas, estatales e internacionales, debe abrir la información y evidencias que produce un diálogo abierto con los distintos sectores de la sociedad.

### **Pensar en el futuro**

En *Convergencia* se pueden encontrar de forma implícita estos debates sobre el sentido y la orientación del financiamiento de las ciencias sociales, al igual que sus implicaciones en la definición de sus objetos de estudio. De manera más explícita se puede observar la mutación de paradigmas y perspectivas teóricas sobre temas y problemas de las sociedades contemporáneas. En sus páginas se da cuenta de una importante preparación de pensamiento crítico y de una construcción de conocimiento enfrentada a las transformaciones del entorno social donde se han producido.

Si bien en las ciencias sociales la articulación y la comunicación entre las distintas formas de construir el conocimiento se ha convertido en un

procedimiento necesario para establecer cómo se conforma socialmente el conocimiento, además de cómo puede utilizarse y quiénes hacen uso de él —con el objetivo de dar cuenta del alcance social de la producción del conocimiento en la disciplina—, lo cierto es que este proceso no profundiza en la discusión sobre la relevancia del conocimiento social —concebido éste como el fruto de la coproducción entre investigadores y los grupos sociales. Este es un punto relevante, pues no sólo se refiere al compromiso social de las ciencias sociales; adicionalmente se trata de una consideración sobre el carácter epistemológico de la producción del conocimiento de este campo científico.

Las ciencias sociales del siglo XX han establecido una forma particular de pensar la sociedad a partir de los mecanismos de exclusión que ella genera, lo cual le ha posibilitado caracterizar las diferentes culturas y sociedades. Es gracias a esta capacidad que en la lógica de su constitución las ciencias sociales se han interesado de manera particular por los comportamientos y los grupos que son excluidos del sistema, pero además cómo se construyen esos sistemas de exclusión/inclusión; en última instancia, cómo se generan relaciones de poder. Sin duda, en el desarrollo de la revista *Convergencia* se puede tener una radiografía al respecto.

Nelson Arteaga Botello  
Director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales